

EDITORIAL

EL QUEHACER ETICO

*P*arece oportuno ofrecer una visión panorámica de los centros de interés en torno a los cuales se mueve actualmente la ética, tanto si tratamos la ética estrictamente como una reflexión sobre las normas de conducta que rigen y deben regir el comportamiento de las personas como si la consideramos en el sentido del nivel ético que esas mismas personas reflejan en su cotidiano vivir, sea en el ámbito de lo privado o en el de lo público. Aunque en este segundo sentido más bien podríamos hablar de moral que de ética, mantenemos el mismo título para ambos con el sano propósito de reflejar la continuidad o discontinuidad que entre ambos pueda haber. El número, con sus diversos artículos, ya se encarga de realizar una visión panorámica profundizando en algunos aspectos de mayor interés, por lo que este editorial se dedicará a ofrecer, también de forma algo fragmentaria, una visión más global.

Si comenzamos nuestra reflexión por el ámbito de lo ético en cuanto que comportamiento de las personas, o moral, la tentación de realizar inmediatamente un análisis muy negativo es difícil de resistir. A lo largo de la historia la inclinación de los escritores sobre temas de moral, o moralistas, a sacar el látigo y fustigar con dureza a sus contemporáneos, ha sido una inclinación socorrida, con ciertos dejes de morbosidad, como si hubiera una cierta complacencia en denunciar lo mal que está todo y lo inmorales que son las personas (excepto la que denuncia, como se puede fácilmente suponer). En épocas plagadas de profundas convulsiones, y la nuestra parece serlo en grado superlativo, esa moralina-denunciadora ha proliferado aún más. Siendo conscientes de este riesgo, pero sin renunciar a la sana tarea de denunciar lo que no está bien, volviendo a llamar al pan, pan y al vino, vino, nos parece necesario resaltar algunos rasgos.

Para empezar, no cabe casi la duda de que pasamos tiempos de desmoralización, y recuerde el lector la bella construcción de esa palabra en español.

Existe des-moralización, lo que es tanto como decir que se ha perdido el tono vital imprescindible para acometer algunas tareas dignas de recibir el apelativo de éticas, incluso del más sencillo y genérico de humanas. El péndulo de la historia parece haber oscilado en el último decenio hacia el lado del pesimismo; lejos queda, por ejemplo, el grito de esperanza que supuso la aprobación del Nuevo Orden Económico Internacional a principios de los setenta y ahora bastante tenemos con ir resolviendo la subsistencia de cada día. Vamos, que, como se dice vulgarmente, hace falta tener más moral que el Alcoyano para seguir jugando el partido a tope, a pesar de que parece que perdemos por 10 a 0.

El "realismo" rampante

Lógicamente no es fácil esa actitud alcoyanera; podemos proponer tareas de héroes, o morales abiertas, o cualquier otra conducta para la que se necesita un derroche de tesón y coraje. Mas humanos somos y como tales frágiles y finitos. Si a la fragilidad le echamos una pequeña dosis de desvergüenza (volvemos a encontrarnos con el prefijo "des") y una punta de cara dura, lo que era aceptación de nuestra modesta condición se convierte en exaltación de la más pura inmoralidad, que algunos tratan de disimular con una variante de la jugada, la amoralidad. Muerto Dios, y los dioses sustitutorios, enterrados en el baul de los recuerdos, sueños y utopías de un mundo mejor, ancha es Castilla y a vivir que son dos días. Se trata en definitiva de ser realista, es decir, de vivir pendiente únicamente de mi pequeño predio, de mi nicho ecológico que procuraré agrandar cuanto me sea posible.

¿Que las cosas se han puesto feas? Pues sálvese el que pueda. ¿Que es necesario trepar, apoyándose con mayor o menor disimulo en las espaldas de los que nos rodean? Pues lo encubriremos con el nombre de política de incentivos y competitividad avalada por la igualdad de oportunidades. ¿Que nos asedia la oferta consumista? Pues a intentar ganar la mayor cantidad de dinero posible en el menor tiempo, especulando en bolsa, jugando a la lotería o embarcándose en negocios confusos. ¿Que hay algunos millones de pobres intramuros y muchos más millones de muertos de hambre extramuros? Pues eso, sólo se trata de muertos-de-hambre y además yo no tengo la culpa y todavía más, no puedo hacer nada. Al final terminamos haciendo de la necesidad virtud y de la miseria que nos rodea un elemento irremediable del paisaje.

De pronto, por poner un ejemplo de la "solución" que se está dando a ciertos problemas, ya no existe el problema del paro, pues hábiles investigadores del gobierno (los datos estadísticos son secreto de Estado en nuestro país) han descubierto que unos tres millones de personas trabajan en la economía sumergida. Grandes abrazos y copas, felicitaciones y parabienes, las cifras cuadran: tres millones de parados menos tres millones sumergidos, igual a pleno empleo. Y hemos tenido que esperar un gobierno socialista para que, después de 150 años de luchas obreras, se nos diga que trabajar sin seguridad

social, con infrasueldos, inestables, en condiciones más duras de las legalmente autorizadas, esto es un trabajo asalariado. ¡Santo cielo, qué barbaridad! La famosa sociedad dualizada, o la economía sudafricanizada, como dicen algunos, no es una desgracia a combatir sino un éxito de políticas de ajuste estructural bien planteadas.

El cinismo se asienta sólidamente. El cardenal primado de España (léase Juan Luis Cebrián) se deshace en elogios sobre la política internacional de Felipe, a favor claro está de la OTAN, de la nuclearización de Europa, de no condonar la deuda hispanoamericana, de aportar menos del 0,07 para la ayuda a los países dependientes, y de "echar" a los americanos de Torrejón para dejar allí una superbase. Y luego termina su carta pastoral lamentándose de que en política interior no lo haga tan bien. ¿No se ha enterado todavía de que hace lo mismo? Es decir, ser realista, apoyarse en y apoyar a los poderes fácticos de siempre, abrir las puertas del país para venderlo barato al mejor postor, olvidarse de la justicia y la solidaridad en favor de la eficacia económica en sentido capitalista duro. Pero no pensemos que es sólo el gobierno o el cardenal primado el que practica el cinismo. Si ellos es posible que sean cínicos por comisión, pues están informados y saben de qué hablan, los demás lo somos al menos por omisión, pues no nos informamos y cuando se nos convoca cada cuatro años a legitimar el sistema, entre la derecha y el centro derecha se siguen llevando la mayor parte de los votos, casi el 80%.

Y es que claro, cualquier manual sencillito de ética que no sea cerrado a las aportaciones de la historiografía marxista o a las reflexiones de la sociología del conocimiento, sabe muy bien que el cinismo, la desmoralización o la amoralización son ideologías que vienen como anillo al dedo al sistema establecido y a sus fuerzas más reaccionarias. "Todo es relativo" es un jarro de agua fría arrojado a las brasas que mantienen vivo el anhelo de conseguir una sociedad más libre y solidaria. "El elogio a la diferencia y la diversidad" termina encubriendo que hay hoy día unas diferencias y diversidades inadmisibles a las que hay que combatir enarbolando una vez más la bandera de la igualdad y la universalidad. "No hay verdades morales racionalmente justificables ni universalmente aceptadas", además de ser una falsedad empíricamente refutable, termina esterilizando los intentos de políticas solidarias de carácter planetario. "La exaltación del llamado pensamiento débil" no pasa de ser una manifestación esteticista y decadente de la debilidad mental del que se ha cansado de pensar. Vamos a dejarnos de bellas palabras encubridoras y a volver a llamar a las cosas por su nombre; es difícil aceptar que hacemos cosas mal y que tenemos la culpa de muchos males cotidianos, pero es mucho peor y más difícil de soportar el ignorar que somos culpables y que el mal corroe las profundidades de nuestro corazón. Sólo dando la cara y haciendo frente, podremos erradicar la culpa y el mal.

Aguantando el tipo

Pero no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista. Puede ser que estemos pasando una mala racha, pero quizá sea sólo eso, una mala racha. Dejemos a un lado, por un momento, a los sacerdotes y sacerdotisas de lo establecido, pues bastante salen en los periódicos todos los días; pero vamos a dejarlos a un lado sin olvidar que son un enemigo poderoso y corrosivo al que hay que fustigar con ocasión y sin ella. Tanto a nivel teórico como práctico son también numerosos los síntomas de que siguen siendo muchos los que no se resignan a ser "realistas" y andan buscando aquí y allá puntos de apoyo para seguir apalancando un sistema social que tiene bastantes rasgos de inicuo. Entre el cínico y el héroe existen numerosos grados intermedios, en los que, por otra parte, estamos situados la mayoría de nosotros. Que hay cínicos, ciniquisimos, no lo ponemos en duda, pero es más el ruido que las nueces; que hay héroes, personas con coraje, tontos seríamos si lo negáramos, pues en este caso son más las nueces que el ruido.

Empecemos por darle un repaso a la práctica. ¿Qué nos encontramos? Obviamente, de todo un poco y en muchas ocasiones con rasgos de difícil interpretación y de parcialmente ambiguas consecuencias e implicaciones. Si empezamos por las prácticas que acabamos de denunciar, incluso ahí habría que detectar los signos positivos que se manifiestan y potenciarlos. Defender el propio predio y a los amigos no parece suficiente y es síntoma claro de insolidaridad o corporativismo, pero también es condición de necesidad y reivindicación justa. Lo importante será descubrir más amplios horizontes capaces de armonizar los intereses particulares con los generales, por difícil e incluso imposible que sea en algunos casos. Algo similar podemos decir del relativismo escéptico; su carácter corrosivo y reaccionario está fuera de dudas, pero también hay que reconocer que sería necesario aplicar el filo del escepticismo a multitud de instituciones, personas e ideas que se aceptan acríticamente, como si de nuevos ídolos o mensajeros de los dioses se tratara. Curiosamente podríamos decir que vivimos en unos momentos de escepticismo en lo que se refiere a las ideas y de feroz dogmatismo cuando de creencias se trata. En unos casos nos pasamos de relativistas, pero en muchos otros no lo somos lo suficiente.

Sigamos con la práctica. Posiblemente una de las características con las que el siglo XX en el que vivimos pase a la posteridad de los libros de historia, sea la de el siglo de los Derechos Humanos y el de la dimensión realmente planetaria de los problemas y las soluciones. Minimizar la importancia de ambas cuestiones puede resultar muy grave y hacernos perder el rumbo. Los Derechos Humanos, que también pueden ser ambiguamente interpretados, han supuesto una auténtica pica en Flandes, como decían nuestros antepasados. Desde que el cuerpo doctrinal de derechos fundamentales saltó el ruedo, es como si se hubiera metido una china, cada vez más gruesa, en el zapato de la explotación y la opresión; no se puede seguir viviendo a costa de los demás sin

tener que hacer frente a incómodas y persistentes críticas. Enumerar aquí lo mucho que se está haciendo en defensa de los derechos humanos políticos, sociales, económicos y culturales es absolutamente imposible pues es mucho y de gran valor.

La dimensión planetaria tiene también implicaciones enormemente interesantes. A veces nos acostumbramos demasiado deprisa a determinados cambios y no nos damos cuenta de lo que éstos han significado y de lo lejos que estamos de asimilarlos todavía. El mundo de 1945 era todavía provinciano y fragmentario comparado con el actual, y eso que entonces el sistema económico global ya estaba bien asentado. Por primera vez en la historia de la humanidad los problemas son de todos, y por todos deben ser resueltos pues las recetas locales, a las que seguimos tan apegados, no conducen a ningún sitio. El concepto y la realidad del Estado, determinante en los últimos cuatro siglos, cada vez significa menos, y no se olvide que el Estado y el individuo nacieron juntos, unidos por un destino común. Las Organizaciones No Gubernamentales empiezan a cobrar una importancia notable, convirtiéndose en posibles caminos de innovación.

Y no se olvide que en esta perspectiva planetaria, nosotros pertenecemos al Norte, no al Sur. Que sea necesario apoyar al Sur y solidarizarse con sus reivindicaciones, nos parece básico, pero no nos parece ni mucho menos tan sencillo. No es fácil optar por el Sur cuando objetivamente se forma parte del Norte y se beneficia uno de su privilegiada situación. En este caso el riesgo de caer en la verborrea o la demagogia es grande, una vez salvado el peligro mayor todavía de no hacer nada o de defender los intereses privilegiados del Norte, dejando para el Sur las migajas o las armas fabricadas por nuestras industrias. Limitarse a decir que Europa es un estercolero y que está moralmente podrida, no sirve para nada y hace imposible de raíz cualquier intento de recuperar la urdimbre ética sin abandonar la sociedad a la que pertenecemos. Es mucho toro, pero es el toro que nos ha tocado lidiar.

Pasemos, para terminar, a dar un repaso a la elaboración teórica. En nuestro ámbito más próximo parece predominante un cierto hastío reflexivo que se nota en dos aspectos interesantes. Por una parte, aquellos que se han dedicado profesionalmente a pensar en cuestiones éticas se terminan convirtiendo en especialistas, con discusiones que, al final, quedan bastante alejadas de nuestra vida cotidiana y tienen poca incidencia, si es que alguna, en la marcha de la vida social, política, económica y cultural. Es un cuerpo que vive más de citarse mutuamente y citar el último libro, que de pensar sobre lo que es problema en estos momentos. Al mismo tiempo, cuando se lanzan a la arena de la opinión pública, se dejan llevar por la fugacidad de la moda y el imperio de lo efímero, que es lo que impera en el mercado cultural, con lo que su escasa incidencia social se convierte exclusivamente en una defensa de la relatividad, de la caída de los dioses, de la falta de referentes morales, de lo que, por resumir, hoy día se da en llamar pensamiento débil. Escasas son las voces que

no siguen esa moda, aunque las hay; y más escasa todavía es la audiencia que reciben en los grandes medios de comunicación.

Si cruzamos las fronteras de nuestra piel de toro, el panorama cambia bastante más de lo que en principio podría pensarse. La reflexión ética no ocupa, ni mucho menos, un lugar marginal en los debates filosóficos del momento. La preocupación por su traducción a la práctica, o por la manera en que una reflexión ética puede iluminar la práctica, está muy presente, como puede ser tanto en temas educativos, como de las nuevas tecnologías o de los fundamentos de legitimación del sistema social. En todos ellos se podría descubrir, con diferencias apreciables, una misma preocupación por ofrecer una respuesta a ese relativismo desmoralizado que ha sentado sus reales en nuestras sociedades: una recuperación del formalismo kantiano en las éticas dialógicas (Habermas, Apel, el fallecido Kohlberg); una vuelta al concepto aristotélico de virtud y a los valores sociales que allí se incorporaban (MacIntyre); un esfuerzo por fundamentar un marco común de valores fundamentales en el seno de una sociedad pluralista (Peters, White y otros autores ingleses); una preservación de los valores éticos de la tradición socialista (Offe, Gorz, Castoriadis); una profundización de los valores democráticos, conciliando al mismo tiempo el individualismo y la solidaridad (el legado intelectual de Arendt y la aportación del grupo **Esprit** en Francia); una formulación de la ética de la solidaridad (autores hispanoamericanos en el círculo de la teología de la liberación). Y otros muchos esfuerzos que se podrían mencionar, entre los que merece la pena destacar, para terminar esta rápida enumeración, una mayor sensibilidad hacia las propuestas de origen estoico, configuran un panorama global que, en nuestra opinión no es, ni mucho menos, desalentador.

Si hacemos frente a los problemas teóricos y prácticos de la ética en nuestra sociedad, bien podemos decir que algo huele a podrido en Dinamarca, pero también debemos reconocer a continuación que, sin embargo, algo se mueve. ¿Vas a quedarte al margen, lector, o sabremos estar a la altura de las circunstancias?